

## *Historiografía chilena de fin de siglo*

*Sofía Correa Sutil*

Universidad de Santiago de Chile

Iniciamos el nuevo siglo con un creciente interés de la ciudadanía, es decir, del público lector y de los medios de comunicación, por entender qué peso traemos desde nuestra historia reciente y hacia dónde vamos caminando, es decir, por comprender las dramáticas circunstancias de la historia de nuestras últimas décadas de violencia y los intentos infructuosos por negar desde el olvido, concentrándose en un eterno presente. Pocos han sido, sin embargo, los historiadores que se han aventurado a buscar explicaciones para inquietudes y preguntas tan cruciales.

Si bien es cierto se han multiplicado los centros académicos que ofrecen grados, e incluso posgrados, en historia y son muchos quienes actualmente offician de historiadores, la mayoría de ellos está abocada a insertarse en intrincadas redes clientelísticas. Si se trata de proyectos Fondecyt, que dan unos pesos extras y puntos para las escalas burocráticas de las universidades públicas y privadas, hay que hacer valer aquello de hoy por ti - mañana por mí: he sabido de primera mano de llamadas de colega a colega sugiriendo aprobar el proyecto propio ya que el susodicho habría, a su vez, en el concurso anterior, aprobado el de quien ahora está evaluando, y mañana nuevamente concursando. Para reforzar las redes clientelísticas, están también los cursos que se ofrecen a los amigos cada semestre en universidades públicas y privadas. Y por cierto, los contactos internacionales que se cultivan con el propósito de recibir una invitación a algún evento en el extranjero y así poder viajar gratis con pasaje y estadía pagadas. De este modo, la historia deja de ser una vocación y se convierte en un medio más para ganarse la vida, una “pega” cualquiera, la cual puede y ha de ser estrujada hasta la última gota, o sea, hasta el último peso disponible en el mercado de la academia.

Con ese mar de fondo en el escenario de nuestra historiografía, algunos que todavía creen en el estudio como vocación de vida están dedicados a hacer luz sobre aspectos puntuales del pasado nacional. Si bien no todos los trabajos monográficos producidos en este contexto pueden ser comprendidos en función de corrientes específicas, no obstante, centraremos nuestro análisis sobre las líneas interpretativas, aquéllas que han abordado una visión del conjunto de la historia de Chile, sabiendo que quedará fuera de nuestro alcance la revisión de importantes conjuntos de estudios monográficos, y las tendencias metodológicas que en ellos se han desarrollado, entre los cuales han tenido un lugar destacado los aportes desarrollados desde otras disciplinas, desde la literatura, la sociología y la antropología. Así mismo, tampoco revisaremos la producción historiográfica de los extranjeros sobre Chile, la cual en los años sesenta y setenta fue muy decisiva en la investigación de la historia del siglo XX, y hoy en día se reduce a un puñado de historiadores que aún mantiene interés por este país.

Si detenemos, en primer lugar, nuestra mirada en el universo historiográfico de inspiración marxista, se vislumbra una línea, que podríamos calificar de más clásica, que centra su preocupación en el Estado y en las conformaciones sociales y políticas que acceden a él. En esta perspectiva, quien, desde la década de los ochenta, ha hecho aportes sustantivos con su estudio y reflexión sobre la historia política contemporánea ha sido el sociólogo Tomás Moulian. De hecho, su interpretación de la historia política de Chile en torno al concepto de “Estado de compromiso” que habría caracterizado el período entre 1938 y 1973, ha predominado en los círculos académicos y en el discurso político en los últimos veinte años. Entre los historiadores de izquierda, en cambio, la tendencia más fuerte ha sido la de privilegiar la investigación sobre los sectores populares no organizados. En general, los estudios de historia popular, ya sea cuando se refieren al período contemporáneo como a los siglos precedentes, se han articulado en referencia directa a la producción de Gabriel Salazar, uno de los pocos historiadores que actualmente tiene como preocupación fundamental la elaboración y fundamentación de una visión interpretativa sobre el conjunto del desarrollo histórico chileno.

En efecto, la figura señera de la historiografía de izquierda es, actualmente, Gabriel Salazar. Su vocación ha echado raíces en lo que él percibe como la necesidad de crear una “ciencia del pueblo”, entendiendo por pueblo aquella “parte de la nación” que padece “el drama de alienación a consecuencia del accionar histórico de la otra parte, y/o de otras naciones”<sup>1</sup>. Plantea Salazar que “el marxismo chileno” habría fallado en esta tarea de elaborar la “ciencia popular”, pues, habiendo iniciado tardíamente su producción científica, con Jobet allá por el año 48, muy pronto –hacia 1963– habría abandonado el estudio de “las clases populares” para abocarse tanto al análisis sociológico y económico del capitalismo internacional y de la dependencia, como a la formulación de los “principios generales” que conducirían al socialismo y

a la revolución, mientras el pueblo quedaba definido limitadamente como “la clase en sí y para sí, el militante, el partido y el sindicato”<sup>2</sup>. En consecuencia, la investigación sobre “los procesos reales y concretos de cambio social”, es decir, sobre la “propensión real al cambio del movimiento popular chileno” quedaba marginada<sup>3</sup>. Veinte años más tarde, las teorías del desarrollo y de la dependencia apenas se sostenían y el pueblo permanecía huérfano de una ciencia que le iluminara el camino de salida desde la alienación hacia su plena soberanía<sup>4</sup>. Para desarrollar la “ciencia del pueblo”, previene Salazar, no se puede aplicar mecánicamente el materialismo histórico, ya que el objeto de estudio debe ser “la multiplicidad real-concreta”, es decir, “la historia existencial de las masas populares” y no las categorías abstractas, ni tampoco “la historia esencial del capitalismo nacional o internacional”; por eso, es necesario “descolgarse de las bóvedas abstractas para sumergirse de lleno en los hechos cotidianos, o en las relaciones sociales de todos los días”<sup>5</sup>.

La “ciencia del pueblo”, cuya urgencia apremia a Salazar, es caracterizada en sus palabras, como “una ciencia de la dinámica social de humanización”<sup>6</sup>. El sujeto que encarna dicho proceso de humanización es necesariamente el pueblo, precisamente por su condición de víctima de la alienación. Si la “compulsión humanizante”, siguiendo a Salazar, es una condición propia de los hombres y mujeres del pueblo, ésta “se exagera, se acumula y se desarrolla precisamente cuando los factores alienantes incrementan su presión”. Ahora bien, como el proceso histórico no sería otra cosa que “un proceso de humanización permanente”, entonces aquéllos que buscan intensamente su propia humanización y la de otros —es decir, los hombres y mujeres del pueblo— son los que detentan la historicidad. Por eso, argumenta Salazar, “las masas alienadas despojan a los alienadores de su historicidad”, de modo tal que siempre es el pueblo el que detenta el “poder histórico”<sup>7</sup>. El sujeto de la historia es, entonces, el pueblo, a la vez que la “ciencia del pueblo”, en la medida en que es la ciencia de lo particular y del cambio, es la historia.

Salazar entiende la historia de Chile como el desenvolvimiento del “drama interno” de “una sociedad desgarrada por una mecánica interior de alienación”, drama que “no es vivido por toda la nación, sino sólo por una parte”, por las clases populares<sup>8</sup>. Esta historia tiene, a su vez, una doble dimensión: la de la “crudeza” de la “opresión alienadora”, y la de la “reacción liberadora”, es decir, la de la “historicidad creciente” de los esfuerzos populares por escapar de aquélla. Y es esta doble dimensión del drama la que tiene que ser investigada y esclarecida. Yace allí un titánico plan de trabajo historiográfico que ha sido sistemáticamente abordado tanto por Gabriel Salazar como por quienes se consideran sus seguidores. Ahora bien, aunque ambas perspectivas están estrechamente entrelazadas —ya veíamos que en directa relación con la intensidad de la alienación se producen las energías de humanización—, se desprende de los trabajos y propuestas teóricas de Salazar que los esfuerzos de la investigación se deberían concentrar sobre todo en las dinámicas de humanización

que crea el pueblo en sus relaciones solidarias. La mayor importancia de esta dimensión radica en el hecho de que es allí donde, a juicio de Salazar, se va creando cotidianamente la sociedad desalienada y humanizada, puesto que son las relaciones solidarias humanizantes las que permiten que el pueblo supere su condición de perpetua alienación. Dicho de otro modo, son las dinámicas de humanización las que permiten que el ciudadano, en tanto pueblo, se apropie de su soberanía, que es su principal derecho humano<sup>9</sup>. Sería un error, por lo tanto, suponer que la “sociedad popular desalienada” espera su realización en el futuro. Por el contrario, debido a que esta “sociedad popular desalienada” se va construyendo en las mismas “relaciones de solidaridad entre los alienados”, entonces se infiere que la “sociedad desalienada” está presente en todo momento en medio del pueblo, “es decir, se identifica con ‘el pueblo’ en tanto que tal”. En otras palabras, “la sociedad popular desalienada” es el despliegue de la “solidaridad desalienante” que es el material con el cual el pueblo construye “su propia sociedad”. De modo que lo que le interesa fundamentalmente a Gabriel Salazar como historiador es observar y mostrar “la ‘sociedad popular’ en desarrollo”<sup>10</sup>.

Esta “sociedad popular” él la ve desplegándose a lo largo de la historia de Chile como una realidad permanente y sistemática, trascendiendo el carácter aparentemente coyuntural y esporádico con que el pueblo ha manifestado su ira y su frustración. Así, desde fines del siglo XVIII hasta principios del XX, el “vagabundaje criollo”, nos asegura, “no fue otra cosa que la repulsa y descatos de la juventud popular a las identidades estructurales” que se le imponían desde “el sistema mercantil”, a la vez que constituyó la búsqueda de “una identidad humanizante”; el “bandillaje popular”, por su parte, fue su “brazo armado espontáneo y fragmentado”. Esta fase del “movimiento popular” se habría extinguido “tras la seguidilla de masacres del período 1903-7”. Paralelamente, entre 1850 y 1930, Salazar percibe la existencia de un “movimiento popular de tipo productivista”, a contrapelo de “los monopolios mercantiles” y de “la legalidad portaliana”. Organizado en gremios, habría cultivado gérmenes de democracia local, de periodismo, literatura y teatro popular, “de política social mancomunada”, creando los fundamentos “de una ciencia y de una política popular”, hasta sucumbir bajo la “contraofensiva” de la clase política civil y militar<sup>11</sup>. Así sucesivamente, Salazar va siguiendo el paso de este doble movimiento popular que entreteje el descatos con la búsqueda de creación de una política popular, el que va “desencadenando en cada oportunidad, el contramovimiento represivo del Estado”, que logra impedir que el movimiento popular se transforme “en una constelación social dominante”, capaz de “imponer al sistema dominante su perspectiva procesal de la realidad”. De lo que se concluye que lo que el movimiento popular necesita para salir de su encierro, para “politizar adecuadamente su afán de humanización”, es “contar con una ciencia social propia”; lo que quedaría en evidencia con mayor claridad aún luego del golpe de estado del 73<sup>12</sup>.

Por todo lo antedicho, es necesario entender la historiografía de Salazar no como un simple proyecto de sacar a luz a los olvidados de la historia, sino que fundamentalmente como el intento de crear la “ciencia del pueblo”, la que se espera sea capaz, ya decíamos, de iluminar “la ruptura del encierro y el camino hacia las ‘grandes alamedas’”<sup>13</sup>. Esta ciencia popular, veámos, es la historia, y su objeto de estudio es el desarrollo de la sociedad popular, en cuanto relaciones de solidaridad humanizante desenvolviéndose en medio del drama de la alienación del pueblo. A partir de tal urgencia vital, Salazar ha abierto cauce a un ambicioso plan de trabajo historiográfico, al cual se ha sumado un numeroso contingente de investigadores, algunos de ellos, sus pares, otros, sus discípulos, todos, sus seguidores, tras las vetas que conducen a develar la historicidad del pueblo, su capacidad de crear una sociedad desalienada en el pasado, fuente de luz para su acción en el presente.

Desde una perspectiva muy distinta, el desgarró vivido por nuestra sociedad desde fines de los años sesenta, ha sido el acicate para la producción historiográfica de Alfredo Jocelyn-Holt, quien ha elaborado una interpretación enteramente novedosa del desarrollo histórico chileno con el propósito de encontrar en él las claves para poder construir un futuro de moderación, de pluralismo y libertad, valores que él ve aún ausentes de la realidad chilena. Por eso ha planteado que es necesario escribir “una historia que trate de encontrar un sentido, una sensatez y una sensibilidad, una historia que nos pueda decir de dónde venimos y a dónde vamos. Una historia que ponga su impronta en la libertad, en la moderación y en el discurso racional y sensible”<sup>14</sup>.

Es decir, la historia se transforma en la pluma de Jocelyn-Holt, siguiendo una antigua tradición, en una disciplina cuyo propósito fundamental es provocar e iluminar la reflexión filosófico-política. “De hecho –afirma– entre nosotros los chilenos, el género histórico ha sido lo más cercano a lo que en otros países se conoce mejor como el cultivo de la reflexión política en clave filosófica-moral”; es decir, nos hemos pensado como país con figuras como Amunátegui, Barros Arana, Vicuña Mackenna, Edwards, Encina, Eyzaguirre, Góngora, todos ellos, historiadores “extremadamente persuasivos”<sup>15</sup>. Él mismo se considera un cultor de la historia interpretativa, y citando a Nietzsche afirma que “no existen los hechos, sólo existen las interpretaciones”<sup>16</sup>.

Esta preeminencia de la interpretación, llevada a constituir la sustancia misma del texto histórico, al punto de negar la existencia del hecho en sí autónomo de ella, se explicaría por la propia condición del trabajo historiográfico a la vez que por el carácter elusivo del pasado. “El pasado es un instante en el tiempo que se ausenta y se escapa y al que intentamos aprisionar con imágenes; no con cualquier imagen, sino con las que ese mismo pasado nos deja”. “En realidad, escribe para concluir su primer libro, la Historia es como el gato de Chesire que a *Alicia en el País de las Maravillas* se le aparece y desaparece, hasta que por último se comienza a esfumar

poco a poco, como en cámara lenta, empezando con el final de la cola, luego con las patas y el cuerpo, hasta terminar con la mueca suspendida en el aire. Es tarea del historiador romper el hechizo y conjurar la vuelta del gato a partir de lo único que finalmente queda ... la mueca”<sup>17</sup>. Algunos años más tarde citará a Georges Duby, para corroborar que “lo que el historiador hace es construir un *sueño del pasado*, con los jirones, despojos, rastros y huellas que ha dejado ese pasado ... Es una manera de intentar capturar, soñar algo que no es plenamente recuperable, hacerse de algo que alguna vez se tuvo y que ya no se puede rescatar. Pero al seguir ahí, es parte intrínseca de nuestra identidad, de nuestra memoria”<sup>18</sup>.

Quizás por lo mismo que el pasado en cuanto objeto de estudio “siempre ha de eludirnos a la larga”, es que en el proceso del conocimiento histórico se entretejen –plantea en su libro sobre la Independencia– tres niveles epistemológicos difíciles de separar entre sí, “la perspectiva de los actores, la de las escuelas historiográficas posteriores y la mitificación hecha del tema”, lo que da por resultado un “fenómeno ‘imaginado’ o ‘construido’, a la larga quizás la única dimensión histórica real”<sup>19</sup>. Otra razón más para que Jocelyn-Holt asegure que la interpretación es la sustancia misma del texto histórico.

A ello se agrega, por otra parte, que para él la historia tiene el propósito de “provocar y hacer pensar”, lo que lleva envuelta la necesidad de desmitificar, poner “en entredicho nuestras propias autopercepciones e imágenes”, “ejercitar la capacidad crítica”, “a fin de tener elementos de juicio para de este modo vivir mejor el presente y ambicionar el futuro”. De allí su interés en escribir ensayos históricos, tal como lo habría hecho, asegura, “la mejor historiografía de este país –la liberal del siglo XIX ... y la conservadora en el siglo XX (Edwards y Góngora)” la que “de esta forma influyó ampliamente en la sociedad”. De hecho, insiste, “hacer historia en este país ha sido una manera de reflexionar muy lúcida acerca de la política. Y en hora buena”<sup>20</sup>.

Que la interpretación historiográfica pueda tener un sesgo ideológico no debe llamar a escándalo, nos advierte. A su juicio, el problema no radica en la posible ideologización “algo quizás inevitable y consustancial a toda perspectiva interpretativa”, sino más bien en “la vulgarización ortodoxa y burda de algunas tesis extraordinariamente lúcidas que incansablemente se repiten –las de Edwards, por ejemplo–”, y “en la pretensión de veracidad monopólica”<sup>21</sup>. Por otra parte, tan peligroso como la vulgarización de las tesis interpretativas levantadas como verdades incontestables, sería la pretensión de cientificismo que busca ocultar la dimensión ideológica que envuelve inevitablemente todo trabajo historiográfico. Argumenta Jocelyn-Holt que post Kuhn y post Popper “lo científico guarda relación con la formulación y refutación de hipótesis, no con una supuesta ‘verdad’ de por sí refutable. Por consiguiente se puede ser ideológico y científico a la vez, siempre y cuando se postulen las hipótesis en términos tentativos”<sup>22</sup>. Por eso puede llegar a plantear que

“sostener que la historia debe aspirar a ser objetiva y no ideológica es beataría positivista trasnochada”<sup>23</sup>.

De modo que si la historia no puede ser, ni debe ser, otra cosa que interpretación, a partir de hipótesis lúcidas y argumentación convincente, entonces nadie puede levantar la bandera de la verdad histórica unívoca. Desde esta perspectiva, Jocelyn-Holt arremete en contra del academicismo historiográfico, positivista y estructuralista, predominante en las universidades chilenas, el cual a partir de sus pretensiones de objetividad científica basada en el rescate de los hechos, se postula como la única verdad posible, repudia “la historia filosófica, la explicativa, la que aspira a *comprender* el pasado más que a *informar* hechos”, y niega el carácter de reflexión crítica que sería propio de la historia<sup>24</sup>.

De modo que lo que Jocelyn-Holt ofrece a sus lectores —“un público ilustrado amplio”<sup>25</sup>— es una reflexión sobre Chile a partir del estudio del pasado, desde una mirada interpretativa, la más convincente a su juicio, mirada que convive junto a otras en un universo plural. Por eso, si bien la suya es una “historia de élite” centrada en lo político-ideológico, no pretende en todo caso “que este tipo de historia sea la única posible”<sup>26</sup>.

Jocelyn-Holt interpreta la historia de Chile como la de una permanente tensión entre la modernidad y la tradición, en medio de un continuo proceso de modernización, que se vendría desarrollando desde fines del siglo XVIII con la imposición de las reformas borbónicas. Este tenso equilibrio se habría roto con el advenimiento de una revolución modernizante desatada en la segunda mitad de los años sesenta a consecuencia del aniquilamiento del “Antiguo Régimen”, es decir, de la “sociedad tradicional, señorial y jerárquica”, producido por la reforma agraria, lo que habría dado inicio a un traumático ciclo revolucionario del cual aún no habríamos salido. “Del avanzar sin transar al transar sin parar” serían solo fases de este ciclo revolucionario, implementadas, por lo demás, por los mismos actores políticos<sup>27</sup>.

Desde antes de la Independencia hasta el colapso del “Antiguo Régimen”, en la década de los sesenta, quien tejió exitosamente la compleja relación entre tradición y modernidad fue, asegura Jocelyn-Holt, la “élite dirigente tradicional”, “muy compacta” y “extraordinariamente pragmática en su proceder”. Fue ella la que recepcionó el cambio y le dio cauce, a la vez que lo volvió funcional a sus intereses, en un delicado equilibrio que permitió que se desarrollara el proceso de modernización a través de “una trayectoria política gradualista” que evitó el trauma revolucionario, al menos durante dos siglos, contados desde la segunda mitad del XVIII. “Es decir, gracias a esta élite se obtuvo un orden eminentemente liberal-institucional”<sup>28</sup>, desde que ella adoptara con entusiasmo el republicanismo-liberal durante el proceso independentista<sup>29</sup>.

Ahora bien, el contenido específico de esta relación entre tradición y modernidad se puede percibir en la forma como se intentó resolver el tema del orden en la sociedad chilena. Después del 11 de septiembre, el del 73, ya no podemos creer que somos un país ordenado y pacífico, argumenta; nuestras autoimágenes se destruyeron, el mito se develó; y por tanto no nos queda más que comenzar a pensarnos de nuevo reconociendo la precariedad de nuestro orden histórico. Es que, lo que llamábamos orden no era sino poder autoritario, ejercido sobre la sumisión de la masa y avalado por la falta de espíritu crítico, el “peso de la noche” en palabras de Diego Portales, autoritarismo que tiene como contrapartida el desorden: “subyacente o paralela al orden, siempre ha coexistido toda una historia de desorden que amenaza desbordar los cauces establecidos”. Desde tiempos coloniales existiría un “mundo paralelo” al del “orden establecido”, aquel mundo de vagabundos y cuatrerros de tiempos coloniales y republicanos, y el de los estallidos populares del XIX y XX. Orden y desorden serían dos caras de un mismo problema, en el fondo, reflejo de la ausencia de un verdadero orden<sup>30</sup>. Porque lo que hemos llamado orden sería tan solo violencia, “la que periódicamente idealizamos y de la cual paradójicamente nos sentimos orgullosos aun cuando impide el auténtico, el verdadero orden que espera nuestra resolución”<sup>31</sup>.

Sin embargo, el “verdadero orden” no habría estado del todo ausente de la historia de Chile. Aunque limitado a un período específico, entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX, y circunscrito a algunas esferas, con lo cual no habría podido superar su precariedad, ese “verdadero orden” se habría realizado cuando la élite tradicional, desde el mundo de la cultura, “instancia pública en un sentido clásico, equidistante del estado y de la sociedad tradicional”<sup>32</sup>, pudo crear un “espacio público” donde sí se dio la libertad, es decir, el “verdadero orden” asentado en reglas claras racionalmente asumidas y libremente aceptadas. De modo que el orden no se habría gestado desde el Estado como ha argumentado la historiografía tanto liberal como conservadora; y es que el orden verdadero no podría ser fruto del poder autoritario porque donde hay miedo, no hay libertad.

Sería entonces ese “orden posible que aún no hemos logrado plasmar y que, por lo mismo, sigue pendiente”<sup>33</sup>, ese orden precario que se dio en el “espacio público” decimonónico, el que debemos aspirar a tener. Sin embargo, no hay que confundirse, Jocelyn-Holt no pretende recrear la “sociedad señorial”; él mismo ha dicho que no es un nostálgico, pero que sí anhela que las virtudes que la élite dirigente tradicional habría tenido se puedan recuperar en el futuro: “Escribo de un lugar que no existe, eso me hermana algo con cierta irrealidad de lo onírico, del sueño, no de la nostalgia. La nostalgia añora, vuelve todo ideal [...] La historia es realista, no nostálgica [...] Decía que escribo desde un lugar que no existe. Me corrijo. Escribo de una derecha, en el fondo, de un mundo tradicional que no existe, pero que sí existió en su momento. [...] Una derecha que ya no existe pero que tenía ciertos



rasgos cruciales. Era realista, pragmática, escéptica, apreciaba el gradualismo, no era reaccionaria. Tenía un fuertísimo sentido del poder, pero también de sus límites. Se sabía que eventualmente iba a desaparecer, aunque fue eso precisamente lo que la llevó a jugar con mucho realismo sus cartas. Escribo desde esa derecha. No pretendo que vuelva a existir. Sí que lo que venga tenga en cuenta este capital”<sup>34</sup>.

Como hemos podido percibir, Alfredo Jocelyn-Holt no solo busca nuevas vetas interpretativas sino que también ha innovado experimentando con nuevas y diversas formas de lenguaje narrativo que lo distancian aún más de la producción academicista, y lo acercan a un público lector que le había sido esquivo a los historiadores analíticos de las últimas décadas. A diferencia de Salazar, Jocelyn-Holt no ha creado escuela, aunque sí sorprendió a unos cuantos al producir un libro sobre Chile contemporáneo en conjunto con otros cuatro historiadores<sup>35</sup>. Es más, una serie de factores –el optar por una historia interpretativa, fuertemente crítica del academicismo, que mira sin piedad el recorrido histórico de Chile en el siglo XX, y el situarse además desde “una derecha que no existe”, para plantear una crítica feroz tanto al régimen militar como a la transición concertada– le ha valido el ostracismo de los círculos universitarios: de la Universidad de Santiago fue expulsado, en el 2000, sin que mediara un motivo racional<sup>36</sup>; el Departamento de Historia de la Universidad de Chile se negó entonces a recibirlo; por su parte, el Instituto de Historia de la Universidad Católica desde hace más de una década viene vetando su participación hasta en seminarios organizados por los estudiantes. Habiéndosele cerrado, pues, los espacios universitarios en el área de la historia, Jocelyn-Holt ha reforzado sus vínculos con su público lector, y por tanto con las editoriales, a la vez que ha buscado establecer diálogo con académicos y alumnos de otras disciplinas de las humanidades y ciencias sociales<sup>37</sup>.

Si Jocelyn-Holt escribe “desde una derecha que no existe”, es decir, desde la élite liberal decimonónica, Gonzalo Vial lo hace desde el catolicismo conservador antiliberal. En 1981, Vial publicó el primer volumen de una historia que prometía extenderse entre 1891 y 1973. La pregunta decisiva que provocaba su escritura tenía entonces, y aún hoy día, la mayor importancia. ¿Por qué fracasó en Chile el régimen democrático?, se preguntaba Vial. ¿Por qué “en tres años este edificio tan atractivo y, a la vista, tan sólido [el de la “democracia formal”] se derrumbó definitiva e irremediablemente”, al punto que en 1973 “el país no tuvo sino la salida tomada: la militar”? “La clave del derrumbe democrático” –aventuraba Vial entonces– “reside en el proceso por el cual la misma democracia chilena se fue desarrollando: una enfermedad congénita, oculta y fatal, llevaba aquélla hacia la muerte y no nos dábamos cuenta”. Se propuso, pues, saber “qué enfermedad” fue esa, de modo que la nueva democracia que tenía que crearse naciera sin ese mal<sup>38</sup>. El problema es que en los más de veinte años que han pasado desde la publicación de este primer tomo de la *Historia de Chile*, Vial aún no ha podido, a través de esta historia, contestar esa

pregunta, ni va en vías de hacerlo. Esto ocurrió porque desde el inicio, Vial se entrampó con el camino elegido para construir esa respuesta, al proponerse “describir la sociedad chilena del siglo XX” para poder contestarse su interrogante<sup>39</sup>. El resultado han sido seis tomos de cuatrocientas páginas cada uno, el último de los cuales, publicado en diciembre del 2001, recién va en la década del treinta, abarcando los ocho años transcurridos entre 1931 y 1938. La descripción ahogó a la explicación, y aún no nos dice cuál es esa “enfermedad congénita, oculta y fatal” que mató a la “democracia formal” chilena del siglo XX.

Ello no obstante, los acontecimientos políticos han empujado a Vial a desarrollar en otras instancias una explicación sobre el colapso de la democracia en 1973. A su juicio, el 11 de septiembre hay que entenderlo como el desenlace fatal de la decadencia de Chile arrastrada a lo largo del siglo XX, y la responsabilidad por el derrumbe de la “democracia formal” recaería exclusivamente en los dirigentes políticos, con lo cual las fuerzas armadas quedan liberadas de toda culpa. Si éstas “intervinieron” el 11 de septiembre fue “simplemente porque el conflicto entre civiles se hizo insolucionable”, y éstos, por lo demás, fuesen de derecha, centro o izquierda, habían mirado hacia los militares para resolver “la pugna político-social”, ya fuera dentro de la institucionalidad (buscando una “salida constitucional con ‘ayuda’ militar”) o, en el caso de los sectores más radicalizados, intentando dividirlos. Éstas tuvieron que “intervenir”, argumenta Vial, no por ser partidarias del bando opositor, sino que “por el incesante agravamiento de la pugna político-social, que tenía paralizado al país y amenazaba desintegrarlo, romper sus tejidos esenciales” y, por otra parte, “porque la pugna afectaba ya institucionalmente a las propias Fuerzas Armadas”. En la extrema izquierda y en la extrema derecha, “a ambos lados, los elementos de mayor radicalización estaban dispuestos, para vencer, a afrontar una guerra civil. Lo cual implicaba quebrar a las Fuerzas Armadas.” Como éstas no lo permitieron, el golpe de Estado evitó la guerra civil, concluye Vial<sup>40</sup>.

En cuanto a las razones de fondo, la decadencia tendría su origen en la ruptura del consenso, tanto doctrinario como político y social. Afirma Vial que a fines del siglo XIX, “Chile perdió su *unidad nacional*, cuando se rompieron de manera sucesiva los tres *consensos* básicos para esa unidad”: “el consenso *doctrinario*, vale decir, la visión común de la vida enraizada en el catolicismo tradicional de origen hispánico” se habría roto con lo que Vial llama “las guerras religiosas” de fines del siglo XIX; “el consenso *político*” en torno al parlamentarismo se habría terminado por su misma ineficiencia y corrupción; y “el consenso social”, es decir, “la aceptación de que dirigiera la sociedad ... la clase alta o aristocracia” se habría hecho trizas a consecuencia de “la ceguera, la frivolidad, la desidiosa tramitación, el abuso, y la violencia represiva” que ésta demostró frente a la “cuestión social”. Es decir, la responsabilidad histórica por la decadencia de Chile radicaría en la oligarquía liberal de fines del siglo XIX, que habría roto los tres consensos básicos sobre los que se

asentaba la unidad nacional. Ésta, en el siglo XX, no habría podido ser reconstituida (de ello culpa a los partidos políticos). Ahí radicaría, a juicio de Vial, “la verdadera causa de nuestra decadencia y de su culminación en 1973”, porque “un país no puede vivir sin unidad nacional”. No obstante esta certeza, la “unidad nacional” tendría enemigos poderosos; en su argumentación, Vial vuelve a insistir en las culpas del liberalismo: “La “alergia” al concepto de unidad nacional no tiene raíz histórica, sino ideológica. Viene del pensamiento liberal, político y filosófico, con su racionalismo y sus ideas relativistas, progresistas y adoradoras de la mayoría. La cual –por una especie de magia– decidiría siempre lo mejor y lo más prudente”. El predominio de estas ideas habría dado origen a una “democracia formal”, es decir centrada en las formalidades del sistema electoral y jurídico, y no “en el fondo” de las decisiones que se tomaban; fuera del cumplimiento de las normas jurídicas, “no había obligación de respetar nada”, “cualquier idea”, “el antisemitismo, la esclavitud, la tortura como institución regular, etc. podía ser introducida en esa ‘estructura’ legal y constitucional de Chile, e impuesta al conjunto del país, siempre que se dispusiese de las mayorías necesarias”, asegura Vial<sup>41</sup>. De modo que hemos encontrado cuál es esa “enfermedad” de la “democracia formal” que Vial aspiraba a diagnosticar al escribir su historia de Chile, a saber, la del imperio de la voluntad popular por sobre valores permanentes e inmutables que deben constituir el fundamento del consenso y por tanto de la unidad nacional.

En efecto, Vial aspira a recrear la unidad nacional sobre nuevos consensos, para lo cual asegura que es necesario que exista “un conjunto de ideas sobre temas básicos”, que deben ser compartidas “por la inmensa mayoría de los chilenos”, y que además ésta las considere “*intocables* ... inmodificables aun por ella misma”. Ese es el “consenso doctrinario”, construido sobre la base de las “ideas de patria, nacionalidad, de tradición histórica y cultural, de familia, de educación, de propiedad, de juridicidad, de inalienables derechos de la persona humana y de las minorías, etc.” Ahora bien, esas creencias serían intocables porque son “ideas que el tiempo, las razas progenitoras, la cultura, la Historia, han entretejido con el ser de Chile y la idiosincrasia de los chilenos, de tal modo que no puede desarraigarlas ninguna ley, ninguna ideología, ninguna revolución ... son ya parte de nuestra *naturaleza*”, sentencia Vial<sup>42</sup>.

No se nos escapa que esta visión esencialista de la identidad nacional tiene puntos de encuentro con quienes anhelan poder definir el “ser nacional”, desdibujado a estas alturas en medio de los procesos de globalización. En efecto, como neonacionalista tendría que ser considerada la preocupación por la identidad nacional que ha surgido sobre todo en los círculos de gobierno, y que apela a la historia en busca de certezas. Así por ejemplo, la Comisión del Bicentenario dependiente de la Presidencia de la República ha convocado, desde mediados del 2001, a varios encuentros entre historiadores en torno a la pregunta por la identidad nacional, con la

idea de enfocar la celebración de nuestros dos siglos independientes desde esta perspectiva. Anteriormente, el Ministerio de Defensa en conjunto con el Centro de Estudios del Desarrollo (CED), en 1997 y 1998, habían organizado una serie de seminarios de discusión sobre identidad nacional y globalización, los cuales fueron publicados en forma de libro en el año 2000 bajo el llamativo título “¿Hay patria que defender?”. Paralelamente a la discusión filosófica del problema de la identidad, que han desarrollado, por ejemplo, Jorge Larraín y Marcos García de la Huerta, la respuesta de los historiadores las más de las veces, o podría decirse la de mayor eco en círculos de poder, ha sido la de buscar ansiosamente una identidad unívoca, un “alma nacional”, una sola historia de la entidad abstracta por excelencia que es la nación, por oposición a una pluralidad de historias entretrejidas, sin llegar a discutir seriamente los alcances de pensar la conformación de la nación como “comunidad imaginada” a partir de la “invención de tradiciones”, siguiendo a Benedict Anderson. Esta ruta, útil en la etapa de construcción de la nación emprendida por los historiadores del XIX, puede convertirse en el discurso actual en un peligroso argumento para legitimar la represión de la diversidad, la que ya estamos viendo como hierve a borbotones en la Araucanía. Precisamente, quienes más han contribuido a desmitificar la visión de una historia nacional homogénea y centralista han sido los etnohistoriadores, que, junto a sociólogos y antropólogos, han trabajado sobre la historia de los pueblos indígenas, en las últimas décadas.

Sin embargo, paradójicamente, es Gonzalo Vial quien ha tenido una gran influencia ideológica durante la transición. A pesar de su pasado como Ministro de Educación de Pinochet, y de haber sido uno de los autores del anónimo “Libro Blanco” con que se quiso justificar el golpe de estado, Vial, como miembro de la Comisión Rettig y de la Mesa de Diálogo, ha logrado que penetre en los círculos concertacionistas su interpretación basada en la ruptura de los consensos para explicar el golpe de estado, así como también la idea de que las fuerzas armadas fueron inocentes en el desencadenamiento del conflicto, y de que con el golpe de estado, desenlace fatal que les llegó como una obligación de la cual no podían escapar, evitaron la guerra civil<sup>43</sup>. No es ajeno a este discurso, el terror al conflicto desplegado en estos años, así como la apuesta a constituir una “unidad nacional” en extremo superficial, sobre la base de la negación de las diferencias.

Las tesis interpretativas de Gonzalo Vial han hecho escuela entre los historiadores católicos-conservadores, quienes persisten en la idea de comprobar la existencia de un presunto consenso católico-nacional, cuyas raíces en el mundo colonial se prolongan más allá en los orígenes de la República y quedan consagrados en la institucionalidad del “Estado portaliano”; su ruptura, que habría sido provocada innecesariamente por el liberalismo laicizante decimonónico, explicaría el origen de la permanente crisis chilena, crisis de autoridad pero sobre todo, crisis de fe y de sentido trascendente. Por otra parte, se vislumbra también, aunque todavía incipiente y

aún implícita, una nueva vertiente de la historiografía conservadora-católica: aquella que, influenciada por la sociología de Pedro Morandé y la historiografía de Francois Xavier Guerra, comienza a buscar en el orden social corporativo de los tiempos coloniales las claves para formular una propuesta actualizada de un orden católico que pueda desentenderse del ordenamiento jurídico liberal sin tirar por la borda la economía de mercado.

El temor a precipitar un nuevo quiebre social ha llevado a la clase política a querer sepultar el pasado reciente en el olvido, y es precisamente contra el intento de instalar la amnesia que Jocelyn-Holt ha escrito sistemáticamente sobre las últimas décadas de nuestra historia y, al igual que Moulian, se detiene en la violencia de la dictadura e intenta develar los mitos de la transición<sup>44</sup>. También en esta línea se inserta la corriente de estudios sobre la memoria, cuyo propósito es reconstruir el siglo XX a partir de historias de vida o de testimonios orales provenientes de los sectores populares. De lo que se trata, en palabras de uno de los historiadores que más se ha esforzado en esta línea, es de recuperar la “memoria de proyectos y sueños de cambio social” neutralizando de este modo a “quienes han hecho del olvido una política oficial”, y así poder “recrear sentidos colectivos de pertenencia a la comunidad nacional”, contribuyendo “a configurar identidades colectivas”<sup>45</sup>.

En torno a inquietudes muy distintas se plantea la propuesta de una nueva versión de la historia de Chile que comenzó a publicar Sergio Villalobos en 1980, pues ella no se originó ni en el dolor, ni en el asombro, ni en el desgarró que a otros trajo el bombardeo de La Moneda. Villalobos pretendía, en cambio, renovar a la historia como ciencia social: “La obra que aquí presentamos –escribía en la presentación del primer tomo de la *Historia del pueblo chileno*– constituye, más que una exposición erudita y detallada, una vasta síntesis interpretativa del pasado del pueblo chileno, destinada a sugerir nuevos enfoques. Nos hemos propuesto superar la historia tradicional, meramente narrativa, constituida por una sucesión de acontecimientos, cargada de fechas y nombres, para penetrar, en cambio, en los grandes procesos económicos, sociales, culturales y políticos con el fin de captar el sentido general de un rumbo”<sup>46</sup>.

Sin embargo, al igual que con la historia de Chile de Gonzalo Vial, en la obra de Villalobos la descripción ahogó a la explicación, la información al análisis, de modo tal que el último tomo publicado, el cuarto, veinte años después de iniciado este proyecto historiográfico, recién cubría el siglo XVII. El fracaso de Villalobos –medido en función de lo que él mismo se propuso hacer– se puede explicar, en primer término, porque este intento de hacer “una historia de los grandes procesos, es decir, de las corrientes profundas, anónimas y carentes de espectacularidad, que en su lento desplazamiento, en largos plazos, son las verdaderas portadoras del cambio histórico”<sup>47</sup>, no se sustenta en el planteamiento de hipótesis que guíen la argumentación explicativa, por lo menos para identificar esas “corrientes profundas”, y

por eso se pierde en la información. En otras palabras, Villalobos quiere hacer de la historia una ciencia social sin recurrir al aparato metodológico de ésta. Además, el error de Villalobos radica en el anacronismo: hacía ya tiempo que la historiografía chilena no estaba simplemente narrando una sucesión de acontecimientos, fechas y nombres, y a una década de la publicación del primer tomo el desaffo lo presentaban las interpretaciones de Vial, Salazar y Jocelyn-Holt y no las de Encina con quien Villalobos discute inútilmente en el prólogo del primer tomo de la *Historia del pueblo chileno*, publicado en 1980. Además, Villalobos se aferró al estructuralismo cuando éste ya había mostrado sus debilidades y la historiografía del mundo desarrollado lo comenzaba a abandonar iniciando, influenciada por la antropología cultural, una vuelta a la narrativa sostenida esta vez en la “descripción densa”. Pero, Sergio Villalobos, a pesar de todo, tiene discípulos y seguidores; sin embargo, más que constituir una escuela historiográfica conforman una red clientelística.

Una última observación. Llama la atención que en todos los historiadores que hemos revisado, su trabajo se desarrolla en el espacio constituido por el Estado-nación. Ha sido ésta una tradición muy arraigada en la historiografía chilena, casi imposible de remontar. Es necesario consignar, sin embargo, que hay historiadores radicados en las universidades de provincias que están abocados a investigar historia regional y que para ello se han visto en la necesidad de abarcar espacios que traspasan las fronteras del Estado-nación. Por allí podría talvez abrirse un camino para superar la insularidad que ha caracterizado siempre a nuestra historiografía, la que quizás no hace sino reflejar la insularidad de nuestra historia.

#### NOTAS

- <sup>1</sup> Salazar, Gabriel, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago: Ediciones Sur, 1985. Introducción.
- <sup>2</sup> *Ibíd.*
- <sup>3</sup> En *Violencia política popular en las “Grandes Alamedas”. Santiago de Chile 1947-1987 (Una perspectiva histórico-popular)*. Santiago: Sur, 1990, Introducción.
- <sup>4</sup> El énfasis en la idea de soberanía del ciudadano la desarrolla Salazar en su último libro *Historia Contemporánea de Chile*. Santiago: LOM, 1999, obra escrita en coautoría con Julio Pinto.
- <sup>5</sup> Esta idea está presente desde su primer libro, *Labradores, peones y proletarios. ... op. cit.*, de cuya Introducción se tomaron las citas textuales en referencia.
- <sup>6</sup> *Violencia político-popular ... op. cit.* Introducción.
- <sup>7</sup> Las citas corresponden a la Introducción de *Labradores, peones y proletarios ... op.cit.*
- <sup>8</sup> *Ibíd.*
- <sup>9</sup> Esta idea de la soberanía del ciudadano como principal derecho humano se plantea en la Introducción de la *Historia contemporánea de Chile* que Salazar comienza a publicar en coautoría con Julio Pinto en 1999.

- 10 *Labradores, peones y proletarios ... op. cit.* Introducción.
- 11 *Violencia política-popular ... op. cit.* Introducción. Véase también el tomo 1 de la *Historia contemporánea de Chile ... op. cit.*
- 12 *Violencia política-popular ... op. cit.*
- 13 *Ibídem.*
- 14 “Exordio: El sentido de esta historia”. *Historia General de Chile. Tomo 1: El retorno de los dioses.* Santiago: Planeta, 2000.
- 15 *Ibídem.*
- 16 *La Independencia de Chile. Tradición, modernización y mito.* Madrid: Mapfre, Santiago, 1992, 1999.
- 17 *Ibídem.*
- 18 “Los laberintos de la memoria”, en *Espejo retrovisor. Ensayos histórico-políticos 1992-2000.* Santiago: Planeta, 2000.
- 19 *La Independencia de Chile... op. cit.*, capítulo 10.
- 20 Estas ideas están presente en toda la obra de Jocelyn-Holt. Las citas corresponden tanto a *El Peso de la Noche. Nuestra frágil fortaleza histórica* (Santiago, 1997): “Pre-texto” y capítulo 5, como también a *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar* (Santiago, 1998): “A esta hora se improvisa (A modo de prólogo)”.
- 21 *La Independencia de Chile .... op. cit.*, cap. 10
- 22 *Ibídem.*
- 23 “Menos o más, o la historia que falta”, en *Espejo retrovisor ... op. cit.*
- 24 “Que la academia fue y será”, en *Espejo retrovisor ... op. cit.*
- 25 *El Chile perplejo. ...op. cit.*: “A esta hora se improvisa (A modo de prólogo)”.
- 26 *La Independencia de Chile ... op. cit.* “Prefacio”.
- 27 Véase *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar. Op. cit.* También *Historia general de Chile ... op. cit.*: “Exordio”; y “¿Derecha “gatopardiana”?” en *Espejo retrovisor... op. cit.*
- 28 *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica.* Santiago: Planeta, 1997.
- 29 Al respecto véase *La Independencia de Chile ... op. cit.*
- 30 *El peso de la noche ... op. cit.*: “Pre-texto”.
- 31 *El peso de la noche ... op. cit.*: “Re-cuento”
- 32 *El peso de la noche ... op. cit.* :“Pre-texto”.
- 33 *Ibídem.*
- 34 *El Chile perplejo ... op. cit.*: “La hora de los perplejos (A modo de epílogo)”.
- 35 Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rolle, Manuel Vicuña, *Historia del siglo XX chileno. Balance Paradojal.* Santiago: Editorial Sudamericana, 2001.
- 36 El Rector a cargo en ese momento, señor U. Zúñiga, justificó la expulsión de Alfredo Jocelyn-Holt sobre la base de su falta de compromiso e identificación con la USACH.
- 37 Actualmente, Jocelyn-Holt integra, con tiempo parcial, el cuerpo académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, y de la Facultad de Derecho en las universidades de Chile y Diego Portales. Además, desde hace casi una década, es columnista quincenal en *El Mercurio*.

- <sup>38</sup> *Historia de Chile (1891-1973)*. Vol. 1, Santiago: Santillana del Pacífico, 1981. Prólogo.
- <sup>39</sup> *Ibídem*.
- <sup>40</sup> “Decadencia, consensos y unidad nacional en 1973”, en *Dimensión Histórica de Chile* N°1, 1984.
- <sup>41</sup> *Ibídem*.
- <sup>42</sup> *Ibídem*.
- <sup>43</sup> Al respecto, es interesante comparar el artículo de Gonzalo Vial recién citado con el primer capítulo de la segunda parte (“Marco Político”) del Informe Rettig. Posteriormente, los historiadores de izquierda, cercanos a las tesis de Gabriel Salazar, discreparon públicamente con la interpretación de Vial sobre el golpe militar y la dictadura, en una publicación titulada *Manifiesto de los historiadores* (Santiago, 1999).
- <sup>44</sup> Jocelyn-Holt ha tratado la historia más contemporánea en dos libros, *El Chile perplejo ... op. cit.*, y en la *Historia del siglo XX chileno ... op. cit.*, además en numerosos artículos académicos, conferencias y artículos de prensa, una selección de los cuales se han recopilado en *Espejo retrovisor ... op. cit.* Moulian abordó el período en su libro *Chile actual. Anatomía de un mito* (Santiago, 1997) el cual despertó gran interés entre el público lector.
- <sup>45</sup> Mario Garcés D., “Presentación”, en *Memoria para un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*. (Santiago, 2000). Este libro recoge las ponencias y los testimonios presentados en un seminario-encuentro del mismo nombre organizado en 1998 por el Departamento de Historia de la Universidad de Santiago, en conjunto con ECO y auspiciado por la Fundación Ford.
- <sup>46</sup> *Historia del pueblo chileno*. Tomo 1, Santiago: Zig-Zag, 1980, “Palabras preliminares”.
- <sup>47</sup> *Historia del pueblo chileno... op. cit.* Tomo 1, “Introducción para una nueva historia”.